

sobre todo, por el violento golpe que dí con la cuchara sobre el plato al tiempo que le decía algo que lo dejó sin aliento, lelo e inerme como ese trozo de bacalao que aguarda su turno entre la salsa. ¿Qué motivos tienes para echarme en cara la frustrada boda de papá? Sara levanta entonces el rostro, mira a su padre que, incrédulo, a su vez me mira a mí, y en ambos advierto un creciente sentimiento de piedad, los años no perdonan, pobre mujer, qué barbaridades dice. Pero mi furia aumenta y se desborda en una sucesión de despropósitos que, no obstante, están inspirados en la más pura lógica. Todo mundo es libre de manosearse como le dé la gana, ¿no? ¿Quieren decirme entonces qué razones tengo para meterme donde no me llaman? Esta vez Sara, considerándose aludida, se irguió con rapidez y corrió hacia mí con cara de absolución plena, tranquilízate, mamá, no pasó nada. Oriol también se puso de pie aunque, cada vez más ignorante de lo que pasa, no sabe qué demonios hacer con la servilleta, convertida ahora en una gruesa pelota de trapo entre sus manos. Y, pese a la enorme perplejidad que alteraba el ambiente, parecía que si no la sensatez por lo menos el orden volvía a imponerse en casa, pero fue ese el instante en que observé cómo la desolación invadía el rostro de mi marido y la inquietud los ojos de Sara y, segura de que por fin me entenderían del todo, hice una de esas preguntas que por sí mismas son una contundente respuesta. ¿Puede alguien imaginarse lo que sentí al sorprender a la pareja desnuda en mi habitación, a punto de echarse a llorar en mi presencia? Sara ya no pudo contener las lágrimas y al ver que el conocido rictus de la derrota se apoderaba del labio superior de su padre se abrazó a él. Entonces, para aclarar más el asunto, intenté explicarles la relación que yo veía entre los gordos tubos del órgano y el falo pétreo del Cavall Bernat, aunque en vista de la desdichada cara que ponían a medida que yo hablaba desistí. Pensé, sin embargo, que la cosa no era para tanto y, convencida de la bondad de mis motivos, me dejé arrastrar por mi temperamento - tal vez no tan equable como decía el del trémolo - y emprendí la última de mis fugas, dispuesta a volver aícos el maldito órgano con cuya fanfarria mi marido me humillaba desde que instaló su resentimiento en el desván.

Barcelona, once años después.

MORENO DURAN: Entre Meninas, Mandarinas y Matriarcas



JUAN MANUEL SALCEDO. Sin Título. Sanquina. 100 x 70 cms. 1977.

En los últimos trece años, R.H. Moreno-Durán ha dado a nuestras letras latinoamericanas, pese a su juventud, una de las obras más sólidas y novedosas: *Femina Suite*, una trilogía sobre la mujer, sobre una mujer distinta de la que aparece en la literatura colombiana y en la mayoría de la latinoamericana: la mujer culta, urbana, la universitaria, la directora de galerías de arte, la dirigente política, la mujer que lee lo que quiere y piensa por su cuenta.

Entrevista Por Dasso Saldívar

De *Juego de Damas*, *El toque de Diana* y *Finale caprichoso con Madonna* -las novelas que conforman *Femina Suite*-, que serán reeditadas dentro de escasos meses por Montesinos Editor, de Barcelona, habrá mucho que decir en el futuro, porque, como toda nueva propuesta literaria, su asimilación es lenta pero irreversible. Sin embargo, algunas opiniones, creemos que muy halagadoras para su joven autor, se han dejado escuchar por boca de respetables figuras de la creación y la crítica de aquí y de allá. Para Angel Rama -que incluyó a Moreno-Durán en su magnífica y exigente antología sobre los narradores más valiosos del Post-Boom-, *Juego de Damas* "es una obra excelente, una de las novelas mejor logradas de los últimos años, un artefacto eficaz, ingenioso y desembarrazado, espléndidamente escrito". Y mientras el prestigioso traductor del *Ulises*, José María Valverde, cree que la obra de Moreno-Durán "revela a un auténtico joven maestro", el novelista y crítico español Leopoldo Azancot opina que Moreno-Durán "es, a mi parecer, el más importante de los novelistas latinoamericanos surgidos después del *Boom* y un escritor que ha acertado a establecer una relación nueva entre la cultura global y las letras latinoamericanas".

Así es. Cualquiera puede ser la actitud del lector frente a la obra de Moreno-Durán, pero nunca la indiferencia: la novedad de su universo literario, la inteligente construcción de sus novelas y el refinado trabajo del lenguaje no pueden jamás dejarlo indiferente. Este joven narrador, que acumula sin cesar información cultural y literaria en tres o cuatro idiomas, que, sobre todo, vive la pasión literaria las veinticuatro horas al día, se nos antoja un raro especimen que nos transmite, además del placer del texto, esa seguridad y esperanza baudelairiana en el trabajo constante, disciplinado. Tal vez de ahí nace su minuciosa conciencia de su propio trabajo creativo. También en este caso hablar con él es proponerle un fresco y preciso ejercicio de la razón.

Compruébelo el lector en esta apretada síntesis de nuestra conversación interminable, que empezó hace más de dos años en Barcelona con momentos de continuidad, muy espaciados, en Madrid, y que él había traspapelado durante casi todo este tiempo en el tráfago de sus ocupaciones. Por suerte, en nuestro último encuentro convinimos que era justo desempolvar aquellas primeras declaraciones al son de nuevas inquietudes.

- *Un escritor joven suele darse a conocer con la publicación de un volumen de cuentos, un poemario o, en el más osado de los casos, con alguna novela en clave autobiográfica. ¿Cómo explicas, en tu caso, que tu presentación en "la sociedad literaria" haya sido nada menos que una trilogía narrativa?*

- Confieso que al principio no fuí consciente de la magnitud del hecho. A lo largo de trece años redacté y publiqué *Femina Suite* pero la trilogía surgió, en realidad, cuando revisé el último borrador de *Juego de Damas*, en 1973. Descubrí que había abordado un mundo tan especial que era preciso evitar la tentación magmática de toda primera novela, tentación que hace que el escritor joven quiera introducir todo en su primer libro. Volví a planificar la historia y, con la perspectiva de dos novelas más, di por concluida *Juego de Damas*, aunque me cuidé de introducir suscitadamente las anécdotas que habría de recrear a lo largo de los diez años siguientes en *El toque de Diana* y *Finale caprichoso con Madonna*. Fue en ese lapso cuando advertí que la trilogía constituía mi carta de presentación como novelista. Además, los comentarios de la crítica contribuyeron a ver en *Femina Suite* algo que me parece lo más significativo del esfuerzo: una unitaria voluntad de estilo.

- *Siempre has dicho que el estilo es tu mayor preocupación. ¿No hay en tí una excesiva preocupación formal?*

- En literatura todo es forma, aunque no creo que yo me deje llevar por los excesos. Lo que ocurre es que escribo como una reacción contra un medio atenazado por dos vicios: la retórica y la improvisación. La grandilocuencia ridícula del colombiano, que habla con la boca llena de palabras fluorescentes que nada significan, me produce una sensación de abulia, por un lado. Por otro, la torpe improvisación de quienes nada tienen que decir y que llenan páginas enteras de buenas intenciones de aldea despierta en mí eso que suelen llamar vergüenza ajena. Pero el estilo, para mí, es algo más que elegancia formal: el estilo es la única relación antropológica entre el autor y el texto al que da vida. El estilo es el acto fundacional de una valoración del gusto. Placer de engendrar, placer de contemplar lo engendrado: esa forma seminal de multiplicar la belleza es lo que yo llamo estilo.

- *A propósito de belleza, la mujer y la cultura más exquisita están en el centro de tus novelas. También en esto eres un escritor atípico, pues difícilmente se encuentra un precedente de lo que haces en nuestra literatura. ¿Por qué has elegido estos temas?*

- No quisiera caer en la *boutade*, ya clásica, de decir que los temas lo eligen a uno. Sin embargo, el *habitat* galante que une en los términos de la misma ecuación lo femenino con lo cultural me fascinó siempre. Creo que dicha ecuación encierra la verdadera naturaleza de mi trilogía, pues ya su título mismo la hace explícita: *Femina Suite* en tanto serie, sucesión y ámbito de lo femenino. Ahora bien, lo femenino no hace una exclusiva referencia a la mujer; lo femenino es la pátina que dora, da lustre y dota de una perturbadora ambigüedad a la cultura. No es ca-

sual que los tres títulos que integran *Femenina Suite* estén apoyados en una ambivalencia evidente.

- *¿Tan evidente como tu voluntad de juego? ¿Qué papel juega en tu obra el humor?*

- El humor es para mí fundamental. Casi una forma de catarsis. Antes te hablaba de la retórica y la improvisación en la literatura colombiana. Debo decirte ahora que ambos casos están barnizados siempre por una espantosa carga de solemnidad, lo cual redonda en una literatura tediosa y aburrida, insoportable. ¿Qué hacer para no morirme ante el florilegio letal de la horda piedracelista? ¿Cómo evitar la tortura a la que me somete la llamada novela de la violencia? El ceño fruncido, las palabras grandilocuentes, las verdades absolutas y el testimonio rabioso definen muy bien la literatura de nuestro país. ¿Cómo cabe en semejante panorama el humor?

- *El humor desmitifica, rompe la solemnidad...*

- Por supuesto, y eso es lo que en el fondo molesta a quienes creen que la literatura colombiana es una agencia de pompas fúnebres.

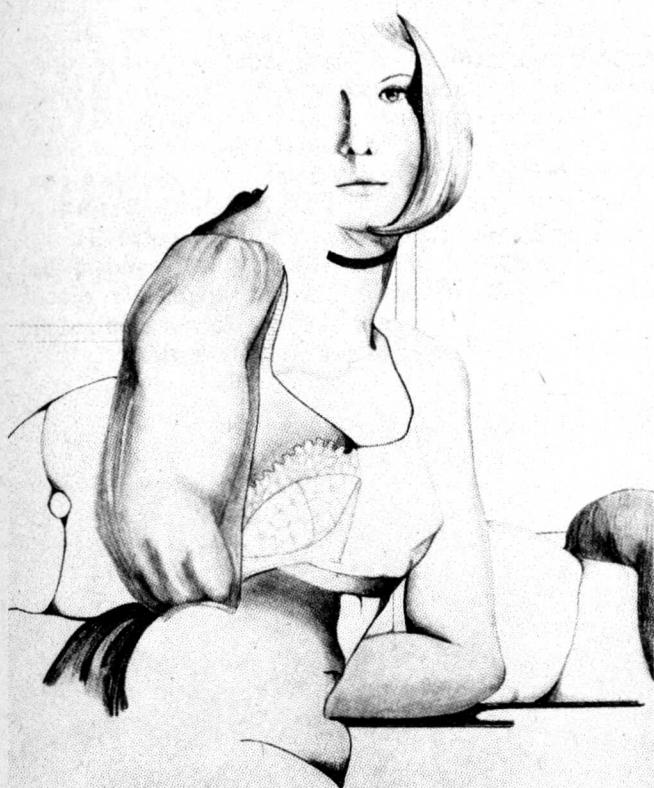
- *Pero en tu caso el humor es algo más que una sonrisa.*

- Yo prefiero hablar de ironía, que es el humor que asume la inteligencia. Además, la ironía es objetividad en la medida en que crea distancia. ¿Sabes por qué la literatura de nuestro país no sale de su centenario marasmo? Porque es una orgía de subjetividades. Todo libro, por más mediocre que sea, es cuestión de vida o muerte y todo aquél que evita la solemnidad y las situaciones graves es tildado de frívolo y reaccionario. ¿Cómo entender a Rabelais, Cervantes o Sterne si no es merced al humor, a la ironía, a la voluntad de romper todos los fetiches de la solemnidad? Es lo que en parte han conseguido en nuestro medio León de Greiff y García Márquez, pero siguen siendo una excepción. La irreverencia contra ese cadáver que es nuestra tradición es la única salida, a cambio de darle al producto una incuestionable calidad estética. No olvidemos que irreverentes fueron los naïdistas, aunque si todo su ruido se redujo al final a una chanza vulgar fue gracias al soberbio analfabetismo del que hacían gala.

- *Tu ironía ataca preferentemente la cultura. ¿Por qué?*

- No a la cultura en sí sino una falsa noción de cultura. Así como hay nuevos ricos hay nuevos cultos y ambos, a nombre de la solemnidad de su reciente *status*, adquieren aspectos tan graves que parecen revivir la suerte de Monsieur Jourdain, el ridículo arribista que pintó Molliére. Cierta cultura, como ciertas mujeres - de ahí el enfoque crítico - burlesco de lo femenino - apoyan toda su realidad en la impostura. El medio cultural, como la cama, es el lugar donde más se practica el fraude. Si yo hubiera decidido criticar todo eso con talante implacable habría caído en mi propia trampa: por eso el humor rebaja la tensión y me permite galopar a mis anchas en un

MARTHA RODRIGUEZ. Sin Título. Dibujo a Lápiz. 87 x 67 cms. Circa 1969-1970.



mundo donde la verdad y la autenticidad es lo último que se sabe, pues la máscara es la única identidad posible.

- *¿Por eso has utilizado el ambiente del Salón?*

- Sí. Y no olvides que del Salón a la cama sólo hay un paso. Por eso *suite* tiene un significado preciso en el título de la trilogía, junto a esas damas, Dianas y Madonnas que desfilan en mis libros.

- *O sea las Meninas, Mandarinas y Matriarcas de la jerarquía que estableciste en tu primera novela.*

Exactamente. Ahora las llamo *pensatrices de buena voluntad*. Creo que constituyen la más aguda metáfora contra unos seres que hacen del Espíritu un oficio que hay que practicar durante cuarenta horas semanales y que cuenta con un original régimen laboral, con normas, códigos, indemnizaciones, despidos y riesgos como la maternidad, que para las Mandarinas es una enfermedad profesional.

- *Decías que la crítica a la mujer es la crítica a la falsa noción de cultura. ¿Por qué no ironizar directamente sobre los hombres?*

- Porque carecen de fascinación estética y, además, porque se han dejado robar el papel protagonista por sus mujeres. Además, qué función desempeña un hombre en un Salón de Pensatrices? A lo sumo el de comodín, el de clivo expiatorio o el de semental. Y bien merecido lo tiene.

- *Hace doce años que saliste de Colombia y nunca has regresado, ¿Piensas volver?*

- Por supuesto. Nada me agradaría tanto como regresar, si no definitivamente al menos por una temporada. Debo recuperar el pulso, calibrar vivencias que ya se me están volviendo de color sepia en la memoria y, sobre todo, investigar, trabajar a fondo y sobre el terreno en vista a nuevos proyectos literarios.

- *¿Sigues con el universo femenino? ¿Qué obras preparas en la actualidad?*

- Invertí trece años de mi vida en la auscultación de lo femenino y creo que *Femina Suite* es una obra que ventila todas mis preocupaciones en ese aspecto y, sinceramente, no me interesa volver sobre el mismo asunto. La ironía, la recreación de situaciones culturales específicas estarán presentes en mis nuevos trabajos pues eso es algo inherente a mi modo de ser. Y si en esos libros "salen" mujeres estarán siempre supeditadas a un esquema cuyo protagonismo les es ajeno. Su presencia debe ser tomada como algo natural y lógico, una forma más en el paisaje. Eso es lo que ocurre con *Metropolitanas*, un volumen de seis relatos en el que actualmente trabajo y en el que, como su nombre, mismo sugiere, la ciudad y la

mujer se funden en una voz colectiva, rotundamente cosmopolita, extemporal. Como puedes ver, se trata de una identidad innominada - ni la mujer que habla ni la ciudad tienen un nombre específico, aunque hay detalles que apuntan hacia una definición - y las seis voces pueden ser una sola, como una es la urbe y uno también el registro de sus obsesiones. De todas formas, *Metropolitanas* puede considerar también como el puente obligado entre *Femina Suite* y el mundo nuevo que ahora me seduce y que está planteado en una nueva novela, muy avanzada ya tras tres años de trabajo, y que llevará por título *Los Felinos del Canciller*. Pero esa es otra historia y espero que pronto podamos hablar de ella sobre la base de un afortunado hecho consumado.

Madrid, 1984.

SATURNINO RAMIREZ. Sin Título. Tinta sobre papel. 95 x 76 cms. 1973

